

Por M. GALLEGO A.

Diseño e industria en la "vida" de Manuel Piña

Manuel Piña fue un hombre del "justo medio". Como buen manchego -no podemos sustraernos a su áurea de manchego- eludió el extremismo, el despropósito; por eso su trabajo estuvo siempre a caballo entre el diseño y la industrialización, entre la creación intelectual (la creatividad) y su materialización (la moda). Y su diseño no fue inaccesible -justo fuera decir no es inaccesible, pues seguirá presente- ni su moda fue elitista. Su talento consistía en saber acercar la belleza al mundo.

En una entrevista para un periódico provincial, por 1986, decía que su trabajo consistía en "conjuguar la locura y la ilusión, por una parte, y por otra darle forma lógica y coherente", no es extraño. Desde sus principios como creador el comedimiento presidió sus diseños, líneas rectas, esquematismo estructural, colores neutros han sido determinantes en su estilismo, colores del llano, dibujos de nuestro horizonte o de nuestro campo, de lo austero, de lo simple por racional.

Pero hubo también en sus creaciones un derroche de sensibilidad, -no se podía esperar menos de un hombre que quería vivir las cosas, sacarles cuanto tenían de vida-. El diseño fue, en este aspecto, aquello con que catapultar el genio creativo que llevaba dentro, fue una salida explosiva al límite que le imponía el carácter manchego. De este modo se hizo capaz de fabricar la sensualidad con la austeridad.

Escudriñó en la mujer, cuyo espíritu llegó a conocer como pocos, y la arrimó a este justo medio en que se dan cita la pasión y la razón, de ahí su éxito... Con estos presupuestos Piña estaba obligado a ver el interior del cuerpo a vestir, además de su exterior, fue en extremo, también, psicólogo, psicólogo de lo femenino.

Yves Saint-Laurent adquirió notable fama cuando hizo al seno desnudo partícipe de la moda, cuando el cuerpo femenino, su sensualidad, ayudaba al vestir y viceversa. La popularidad de nuestro paisano es otra más difícil de conseguir, para mi gusto tanto más alabable; fue la consecuencia de saber llegar a tocar todas las sensibilidades, fue la de traer desde el Parnaso de los modistos y diseñadores la belleza que les cuadra a cada una, la belleza que cada mujer espera ponerse.

Quien no atisbe lo manchego en este proceder dará palos de ciego. Piña se sentía manchego por esencia, y cuando esto afirmaba, lo afirmaba con plena consciencia. Es verdad, los grandes manchegos han vislumbrado la angostura de su espíritu a través de dos límites, el



idealismo y el realismo: en sus momentos de máxima idealidad sentían cómo la realidad de la que habían huido les agarraba de los tobillos y tiraba de ellos hacia abajo, espurcaban pues su locura, siempre bella, entre los demás... sus creaciones eran para el pueblo, para todos, para cada uno.

Como otros muchos manchegos, algunos de actualidad, Manuel Piña ha entrado en el espíritu de la mujer de forma furtiva y le ha ofrecido lo que muy pocos pueden ofrecerle... ellos siembran trozos de cielo en la tierra. Quienes así se comportan son hombres incapaces de sustraerse a dos mundos, al espiritual y al material. Piña fue uno de estos, de ahí que nos atrevamos a decir que el supuesto conflicto planteado en su vida entre industrialización y diseño, o moda y sensibilidad pura, no fue tanto un bagaje vital de sus circunstancias externas, sino más bien una necesidad de su propio interior, de su propio ser siempre en consonancia con esta tierra, y consecuentemente por ella reclamado. Reclamemos a Manuel Piña pues.